

Juan Estellés, pintor de enfermos y médico de paisajes

En aquellos años, hace ya muchos, la gente que, como yo, venía del sur, llegaba a Valencia por la Estación del Norte, que levantaba su tinglado de hierro y madera en un rincón triste de los alegres jardines de San Francisco, antes de que se convirtiera todo aquello en desolada pista de cemento para paracaedistas del Eje, en siniestro panteón de floristas, que antes alegraban la vida municipal al aire libre y ahora inhuman sus puestos de flores bajo tierra, como hileras de nichos en un Escorial de claveles y jazmines. La antigua Casa de la Democracia no era todavía un Banco — panteón de dinero. En su viejo café, que entonces era casi nuevo, se reunían unos jóvenes que ahora son casi viejos. Digamos como el gobernador del cuento: Somos... casi viejos, pues Estellés y yo éramos de ellos.

Extraordinaria juventud aquella: estudiantes, poetas, músicos, pintores, escultores, conspiradores, proyectistas, bohemios... Afortunadamente, Antonio, el camarero, fiaba el café. Una noche ofrecimos un banquete —2.50 el cubierto— a un francés de Valencia, amigo nuestro, que marchaba a la otra guerra. Julio Just, el amigo entrañable, Juan Estellés y yo —creo que fuimos los tres— vimos aquella tarde a través de los ventanales del Ideal las barbas blancas y el chambergo negro de don Santiago Rusiñol. ¿Por qué no había de venir a cenar con nosotros? Nos parecía que era tan joven como nosotros mismos, probablemente más bohemio que nosotros. Le invitamos y aceptó. La sobremesa del banquete nocturno se prolongó hasta las 9 de la mañana. Hicimos ante aquel patriarca de la bohemia todo lo que sabíamos hacer —hasta escenas de magia satánica a cargo de Martí, el Agorero— y debimos hacer tales disparates y decir tantas extravagancias, que el bueno de don Santiago se declaró vencido en la lid del humor y hubo de hablarnos en serio, como un abuelo que da consejos a sus nietos revoltosos: "Lo que importa —nos decía— es que cada cual

se proponga ser el número uno en su oficio o en su arte. Hay que esforzarse en ser el mejor pintor, el mejor músico, el mejor carpintero, el mejor médico, el mejor viajante de comercio."

¡Sí, sí! El consejo de Rusiñol dió su fruto: el estudiante de medicina escribió versos o se puso a pintar, el dibujante se empeñó en torear, el contable en escribir artículos, el barítono se marchó de fagonero en un barco inglés, el estudiante de leyes se lanzó a escribir novelas por entregas, el hombre de la regla de cálculo pronunció arengas revolucionarias, el farmacéutico tocó el piano, y así sucesivamente. Hasta un joven artista, para que no faltara nada, se arriesgó por el dramático campo de los atentados sociales. Seguramente cada cual comprendió que lo mejor para ser el primero en su vocación o su oficio era dedicarse a otro distinto. Algo así de lo que el mismo Rusiñol —quien, por cierto, para ser pintor dió en escribir comedias, y para ser escritor en pintar jardines— lo que el mismo Rusiñol, repito, definió una vez, cuando le preguntaron si le gustaba el Pueblo Español de la Exposición de Barcelona: "M'agrada —dijo—: fa bonic, pero potser estaria millor que als catalans els fiquessin en el "cortijo" andalús i als andalusos en el "Casherio" basc i als bascos en la masía valenciana... y a ver qué pasa".

Lo que ha pasado está a la vista: que el médico Juan Estellés es pintor o que el pintor Juan Estellés es médico. Por decirlo así, es el valenciano metido en el pazo gallego. He evocado este recuerdo de Rusiñol para llegar a esa conclusión, que no es humorística, aunque el humorismo suele consistir, simplemente, en el contraste o en la originalidad del punto de vista. Recuerdo también que mi primer acto oficial como gobernador civil de Barcelona, pocas semanas después de proclamada la República, fué presidir el entierro de Rusiñol. Cuando yo iba por las Ramblas detrás del féretro, entre caballeros enchisterados, pensaba tristemente evocando nuestra bohemia valenciana: "Entierro para siempre mi juventud, la juventud de todos aquellos amigos de Valencia". Pero no debí de ser así. Esta exposición de Juan Estellés es una vuelta a aquella juventud, es su resurrección. Nos encontramos nuevamente, más de cinco lustros después, como si estuviéramos oyendo el consejo d'En Tiago.

En aquellos tiempos, Juan Estellés era un joven estudioso, discreto y formal. Vestía de negro y llevaba un bastón negro, creo con puño de plata. Iba camino de ser un médico de novela de Galdós. Y hubiera llegado a serlo si no es por la pintura.

Su hermano Pepe Luis era un joven distiatio. Probablemente, el más brillante del grupo. Era intrépido, le gustaba vestir con cierta fantasía, y podía hablar de exóticas noches de amor con bayaderas indostánicas en templos asiáticos. Pepe Luis no había salido, como quien dice, de la calle del Dr. Romagosa, y nada podía explicar, por personal experiencia, del libertinaje oriental. Pero sus palabras correspondían a una absoluta realidad. Un valenciano, como se sabe, no es un hombre que dice mentiras, sino que tiene de la verdad un concepto distinto al de los demás. Su fantasía forma parte de su verdad, y este era el caso de Pepe Luis, que hubiera llegado a ser una creación de su propia literatura, de no haber sido por la medicina. Pepe Luis Estellés, médico, español entero, hombre de una pieza, ha sido en nuestra guerra reciente y en el drama de su desenlace el ejemplo más claro y alto de los que formábamos parte de aquel grupo. Desde estas tierras lejanas quiero enviarle secretamente este mensaje de devoción.

Y así también vemos hoy a Juan Estellés convertido en pintor de enfermos y médico de paisajes. Esto no significa, únicamente, que sus enfermos necesiten ser pintados, es decir, interpretados por el artista y el literato que todo psiquiatra lleva oculto, o que sus paisajes necesiten cuidarse, someterse a tratamiento médico, aunque ahora hay paisajes dolientes (pero de esto hablaremos en seguida). Significa que ese juego de contrastes, de aplicaciones simultáneas del espíritu conserva latente la protesta de la juventud. En la pintura de Juan Estellés, en sus escapadas de la profesión médica, hay un grano de rebeldía contra el sentido unilateral y monótono de la vida. Yo lo comparo con aquellos poemas de libertad, de amor y de pecado que, las noches valencianas, recitábamos en la placita del Seminario, en voz alta, para que los oyese algún futuro

VIAJES · ULTRAMAR EXPRESS

(Agentes de Viajes Marsáns S. A.
de España)

Artículo 123, No. 97, Desp. 306.
Teléfono J-34-71

Viajes de España, Portugal, Cuba,
Santo Domingo y de todas las Repúblicas
americanas, a México y viceversa.— Envíos a España.—

Pídanos detalles

Casa central: Habana (Cuba)
Agentes y corresponsales en todos
los países

Mosaicos Valencia

S. A.

Fábrica: General Plata núm. 70
Observatorio Tacubaya
Tel. Eric. 15-23-80

★ ★ ★

Mosaicos en toda clase de colores
y dibujos. Mosaicos de granito.
Azulejos. Losetas de barro.
Imitación cantera para revestimiento
de fachadas
MEXICO D. F.

VIÑETAS DE VALENCIA

TIERRA HUERTANA

La barraca estaba triste, las ventanas, cual ojos mortecinos, se asomaban al campo, el barro del cual estaba hecha, dejaba asomar las cañas y madera, que aún fuertes semejaban gladiador herido en combate; su blanco sucio y opaco denotaba la lucha con el tiempo. El tío Pep, rudo batallador de la huerta con rictus de tristeza en su cara quemada por el sol, desde la puerta miraba el agramante de sus cuatro fanegas de tierras, por todas partes veíase la obra de los elementos desatados, mano invencible que nada ni nadie puede detener; los surcos deshechos, servían de pasta formando amalgama con tallos rotos, hojas y flores descuajadas, frutos reventados cual averno desatado en batalla infernal.

La puesta del sol, reflejando sobre oscuras nubes cargadas, y su amarillento resplandor, hicieron presagiar al tío Pep la tormenta. Sol de troná dijo, aún queriendo equivoarse. A las diez de la noche el seco rugido del trueno y el resplandor de los relámpagos intermitentes que se filtraban por las rendijas de la barraca, opacó la luz del candil: el tío Pep soltó un taco que Toneta, su fiel y trabajadora esposa, contestó como eco: ¡Per Déu, Pepét, no será rés!

No se hizo esperar: la noche oscura, cual vientre de cueva, abrió de las nubes su panza, y cual cortina platinada cayó sin mezcla de agua, granizo como garbanzos quemando y batiendo desoladamente todas las realidades de una cosechada tem-

prana. Breve fué la tormenta, el granizo dejó paso a una lluvia delgada y el tío Pep, sin poderse contener más tiempo, dejó la barraca y fué a recorrer la huerta de un lado a otro; no le importaba la lluvia que le calaba los huesos, ni el fango que hacía pesadas sus rústicas alpargatas de esparto; su rostro ceñudo y hosco se perfilaba a la luz de los relámpagos, que poco a poco se alejaban hasta hundirse en el mar. Toneta, a la puerta de la barraca lloraba.

El alba encontró al "laurac" sentado en un ribazo; el disco rojo del sol, empujándolo comenzó a quemarle la cara; su mirada, perdida en el horizonte, comenzó a vivir y su actitud, hija de la desesperación pasada, dejó libre una decisión que el barro no dejaba coronar.

Nuevos días llegaron con su derroche de luz; los pájaros, rehaciendo sus nidos, llenaban de trinos el aire, y tío Pep, surcando la huerta con vigoroso impulso, deshacía con el dorso de la mano, las perlas que adornaban su frente de trabajador. La tierra, vieja pero fuerte, hace surgir de sus pródigas entrañas un resplandor de esmeralda cual velo tendido en mágico sortilegio, los matices se suceden, como movidos por ágil pintor, y en pocos días el desolado campo parece alfombra de oriente, arco iris viviente manchado por ramas en flor.

Recogida la cosecha, la barraca ríe, los ojos de sus ventanas tienen destellos rojos, ya no enseñan sus huesos de caña, su nuevo blanco de cal la hace sentirse orgullosa y mira con aire de triunfo hacia la huerta; la acequia henchida de líquido sucio pasa por su lado con murmullo de fecundidad, los gorriones saludan con cánticos a sus viejas visitantes, las nuevas golondrinas, y en su árbol, por la noche, el ruiseñor vuelve a cantar.

El tío Pep lleva blusa nueva, Toneta vestido almidonado de percal, alpargatas, "mocaors". ¡Fiesta! ¡Julio! Ojos oscuros, brazos fuertes, caras morenas, gritos, música, cohetes, "tronaors", sol brillante, tarde serena, brisa de mar, albahaca y yerbabuena.

Valencia, hija y madre de la huerta, sólo en tu tierra fecunda puede esto pasar.

José PINO.

vicario de Benimaclet, como el del cuento de Blasco Ibáñez.

Es, repito, una protesta para salvar el propio espíritu. Sería terrible, en efecto, que todos nos abandonásemos a lo que la lucha tiene de brutal, de carnicera. No es posible estar más allá o por encima de la trifulca —"au-dessus de la mêlée"—, porque la lucha es nuestra vida; pero hay que ennoblecerla, salvar intacto del combate el tesoro del espíritu. Cuando Juan Estellés se ha apartado un momento del dolor de la contienda sangrienta y de la angustia del destierro para trazar uno de esos deliciosos paisajes que hemos admirado, no ha vuelto desdeñosamente la espalda a ese dolor y a esa angustia. Se ha sentido impregnado de ellos, y ha rezado: "En el dolor y en la angustia conservemos el espíritu". Esas masías valencianas y esa aldeíta francesa son hoy, como decía antes, paisajes enfermos. Pero no por eso los ha pintado un médico pintor. Era el artista quien curaba en ellos su alma, quien hacía en ellos la siembra de su espíritu para la cosecha sana del mañana. Son un bello libro en la tormenta, una estrella en la noche del soldado que va a entrar en combate cuando amanezca, un descanso en el calvario; no son una deserción.

Cuando yo contemplaba la otra tarde estos paisajes, decía a Estellés: "Cada uno conserva su luz". Pero he pensado mejor que lo que conservan es nuestra luz: la que no dejamos extinguir de aquella juventud que se evadía de su propia realidad haciendo de la rebeldía un ideal. ¿Qué sería de nosotros si nos hundiéramos para siempre en el dolor y la angustia de la guerra y del destierro, en las tinieblas del combate mecánico, en el horror de la lucha puramente animal y exterminadora?

Hace años conocí en Ginebra a un viejo periodista italiano, hombre dulce, suave, bondadoso, a quien había perseguido ferozmente el fascismo. En septiembre del 36 —en un rápido viaje a la sede de la Sociedad de Naciones— pregunté por él:

—¿Qué se ha hecho de nuestro viejo amigo Monti?

—Ha marchado voluntario a tu patria, al Ejército republicano. —me contestaron—. Tratamos de disuadirlo, dada su edad. Pero no lo convencimos. No sabía si le dejarían seguir vistiendo el chaqué o tendría que uniformarse de miliciano. Cogió su "Leopardi", y se marchó. Está en el frente de Aragón.

En aquel viejo periodista que se entregaba a la muerte por la libertad leyendo versos de Leopardi, veo yo el símbolo de quienes luchan por salvar el espíritu. Y los cuadros de Estellés son, en el drama actual de todos, nuestros versos de Leopardi. O, si se quiere dar al símbolo una traducción que corresponda mejor al estilo del pincel de Juan Estellés, diremos que son como una página de prosa clara de Gabriel Miró que cantaba en nuestras almas bajo las bombas de los bárbaros.

CARLOS ESPLA

HISPANIA VINICOLA

Goya, 68.—Mixcoac, D. F.
Teléf. 23-65-58

En vinos y licores por fermentación natural, somos hoy en la República los únicos; mañana seremos los primeros.

LA NUMANTINA

LA MEJOR CANTINA
BEBIDAS Y LICORES

Ribera San Cosme y Eric. 16-30-59
Manuel M. Contreras Mex. L-35-54

Lea Vd. la mejor Revista Femenina

Confidencias

68 páginas - 30 céntavos